

## CAPÍTULO X.

**L**ONGWY había sido por fin tomado, gracias á la traicion de algunos oficiales realistas, y Verdun había abierto sus puertas, merced al terror de algunos paisanos. Beaurepire había protestado contra esta capitulacion levantándose la tapa de los sesos. Le encargó á un oficial que presentase al rey la capitulacion, y el rey la recibió con un semblante triste, pero con el corazon gozoso. El jóven oficial al entregársela lo hizo con una voz tan conmovida, con los ojos tan bañados de lágrimas, que llamó la atencion del rey y le preguntó su nombre.

El oficial se llamaba Marceau.

Habia perdido todo su equipaje y se habia visto obligado á entregar su espada.

—¿Qué indemnizacion deseais? le preguntó el rey. Entonces la voz del jóven vibró sonora, y un vivo relámpago brilló en sus miradas.

—Otra espada, señor, contestó al rey.

Diósele otra espada; y cuatro años mas tarde se hizo mariscal como general en Altenkirchen.

Brunswick se detuvo ocho dias en Verdun; y desde allí respondió á los emigrados que le decian avanzase:

“Aguardo á los realistas cuyos socorros me ofreceis: sus comisionados deben llegar pronto. Es verdad que nuestros

enemigos nos envían lindas jóvenes y hermosas flores; pero esto no me basta: desearia mejor ver llegar hombres y pan.”

En lugar de esto, qué es lo que veia, qué es lo que escuchaba el autor del manifiesto? Veia á seiscientos mil voluntarios dirigirse á la frontera, con mal armamento, mal vestidos, peor alimentados, es verdad, pero llenos de entusiasmo y decididos á morir. Escuchaba el antiguo canto del *Za irá*, y la moderna *Marsellesa*, creada espresamente para ser el cántico triunfal de Valmy.

Ademas, á causa de su famoso manifiesto, no estaba muy tranquilo el pobre duque de Brunswick, que maldita la gana habia tenido de escribirle, y menos de firmarle.

¿Quereis saber cómo se hizo esto? Preguntadlo á un libro intitulado *Carlos d'Este, ó treinta años de la vida de un soberano*: hé aquí lo que encontraréis:

“Los emigrados franceses habian obtenido permiso del rey de Prusia, que se encontraba entonces con su ejército, de lanzar un manifiesto contra la Francia republicana, capaz de llenar de terror á sus asambleas.

“Los ministros de Federico Guillermo y los generales que lo rodeaban, persuadieron al duque de Brunswick, de acuerdo con el monarca, que como generalísimo del ejército del rey, debia emanar de él este acto. El duque espermentó una viva repugnancia en acceder; pero creyendo que debia obedecer las órdenes positivas del rey, consintió en firmar un manifiesto del que le presentaron el borrador. Firmó por fin la copia en limpio que le presentaron, sin mirarla apenas, no pensando siquiera que fuese posible sospechar de la lealtad del rey; pero este habia añadido al famoso borrador el mas famoso párrafo, por el cual hacia declarar al duque “que si los franceses no consentian en dejar las armas y recibir al rey Luis XVI, haria quemar á Paris y mandaria diezmar á la poblacion.” El duque, cuando vió publicado el manifiesto, conoció el aumento del tal párrafo y presentó su dimision al rey; mas éste no quiso aceptarla, y se humilló tanto ante

él, que el duque no pudo persistir mas en llevar á cabo una determinacion que hubiera comprometido ante el mundo entero el honor de la causa que habia jurado servir noblemente.”

¿Qué era Brunswick? ¿Qué era el hombre que tenia entre sus manos la fortuna del rey y de la confederacion?

Brunswick era solo un príncipe soberano que sostenia su pequeña corona en medio de las grandes coronas reales é imperiales que le rodeaban, y de las cuales era el brazo armado.

Brunswick era viejo, sabia mucho, y como todos los que saben mucho, desconfiaba mucho tambien.

Solo en una cosa tenia una fé absoluta, en el placer. El placer era su Dios. Brunswick se habia colocado entre el gran sacerdote y la sacerdotisa del placer, Leopoldo II y Catalina II: Leopoldo habia sucumbido á él; Catalina al contrario, parecia sacar de él sus fuerzas.

Tan sabio como era ignoraba Brunswick una cosa puramente material y física, y es que las mnjeres viven de lo mismo que mata á los hombres. Él aun era bravo, espiritual y experimentado; pero su cerebro se habia debilitado, y su voluntad, esa Minerva que debia brotar completamente armada, habia muerto, ó mejor dicho, agonizaba antes de haber nacido.

Brunswick habia dicho al hablar de la campaña de Francia: *Es un paseo militar*. Federico Guillermo se convidó á este paseo, y convidó tambien á sus duques y á sus príncipes, príncipes y duques que no saben aun hoy en dia si son verdaderos soberanos, ó solo son vasallos poderosos de la Prusia ó del Santo Imperio.

Entre el número de estos príncipes se contaba el duque de Weymar: éste, como Brunswick, habia tenido el honor de traer á un rey consigo; pero á un rey del pensamiento.

Este era Goëthe, que en medio de todo aquel aparato militar, de todo aquel ruido de guerra, componia su catecismo

de la duda, llamado *Fausto*; obra débil é incoherente en el fondo, como todas sus obras, pero rica y maravillosa en los pormenores.

Y hacia esto el gran poeta, sin pensar que Dios tambien creaba en aquel momento su *Fausto* en Napoleon, y su *Mephistópheles* en Talleyrand.

Los primeros capítulos de los dos *Faustos*, debian aparecer al mismo tiempo, y acabar tambien casi en la misma época.

Decid, demonios, decid: ¿en quién cupo mayor desesperacion, en *Fausto* al contemplar decapitada á *Margarita* en Broken, ó en Napoleon al mirar degollada á la Francia en Waterloo?

El buen duque de Brunswick habia cometido una grave falta para ser un hombre de talento: en lugar de dar la palabra al rey de la poesia, es decir, á Goëthe, se la dejaba tomar al rey de la materia, es decir, á Federico Guillermo.

Ahora bien: ¿qué decia este rey? Veámoslo:

“Me preguntan qué es lo que voy á hacer en Paris.—Creia ya estar en él.—Es bien sencillo: hé aquí lo que voy á hacer: voy á volver al rey su trono, á los sacerdotes sus iglesias, y á los propietarios sus propiedades.”

La frase estaba bien formada, señor, y el académico mas escrupuloso nada hubiera encontrado que decir sobre ella.

Pero el pueblo comprendia de otra manera el *volver á los propietarios sus propiedades*.

¿Sabeis á qué os comprometéis, señor Federico Guillermo, como os llamaban entonces los Jacobinos franceses? Os comprometéis á desmontar un bosque mucho mas vivo, mucho mas frondoso y de mas fuertes raices que el famoso bosque del Tasso, en que los árboles hablaban y vertian sangre por las heridas que les inferian.

Os comprometéis á separar al labrador de una mujer á la que ama mas que á la suya propia: esta mujer es la Tierra;

el labrador se ha unido á ella, y de esta union ha nacido una hija que se llama la Libertad.

Se ha creado una Francia nueva desde hace un año, señor Federico Guillermo, una Francia como no la esperábais. Esta Francia se compone: de los compradores de primera mano que han vendido á otros, lo que éstos han vuelto á vender á su turno. Las propiedades divididas en porciones se han subdividido en partículas, y éstas han vuelto á subdividirse en átomos. Id, pues, á quitarle al labriego su pequeño pedazo de tierra, en el que están interesados, no solo él, sino su padre, su hijo y hasta el agiotista que les ha prestado dinero hipotecándolo. ¡Imposible, señor Federico Guillermo, imposible; y ademas, esperad, va á ocurrir una cosa mas sencilla!

Dumouriez os aguarda en los desfiladeros de la Argonne.

El cielo está de inteligencia connos otros: una lluvia, la lluvia de 1792, tan providencial bajo otro punto de vista, como lo seria veinte años mas tarde la helada de 1812, se desata á torrentes sobre los prusianos, empapa la tierra que pisan y hace resbalar sus piés.

La lluvia moja lo mismo á los franceses que á los prusianos, sí; pero las situaciones son distintas. Ante el enemigo todos los víveres se ocultan y se arman todos los hombres: el labrador empieza por esconder sus granos, despues toma un fusil si tiene un fusil, una hoz si tiene una hoz, ó una horquilla si no tiene mas que una horquilla.

Es verdad que le quedan al enemigo las uvas de la Champagne; pero las uvas de Setiembre producen disenteria, y la disenteria causa la muerte.

Ante los franceses al contrario, todos abren sus puertas llenos de entusiasmo: comen mal pan, beben mala cerveza, es verdad; pero se los ofrecen de corazon y lo comen y beben con ganas.

Ademas, la situacion de Dumouriez tiene algo de rara y de caballeresca, algo que participa á la vez del régimen an-

tiguo y del régimen nuevo. Tiene por ayudantes á dos jóvenes y lindos húsares, tan buenos para el baile como para la batalla: las señoritas de Fernig, que le acompañan en union de su padre y hermano para libertarse de toda idea calumniosa: esto participa algo del gusto del régimen antiguo. Tiene, ademas, á un fiel criado, á Renaud, del que ha hecho su ordenanza, y esto tiene algun sabor al régimen nuevo.

Aun hay mas: este ejército, ejército de vagos, de sastres y de zapateros, ¿sabeis lo que acaba de hacer, señor Federico Guillermo? Acaba de hacer pedazos á Charlat, á Charlat, al asesino de la princesa de Lamballe, al que paseó su cabeza clavada en una pica. Sí, le ha hecho pedazos, y al hacerle pedazos ha dicho:

“Somos todos gentes honradas, y no queremos entre nosotros bribones ni asesinos.”

Cuando hombres semejantes tienen esa conciencia de su pureza, no puede negarse que tales hombres son bien fuertes.

Dirémos todavía una palabra sobre Charlat, porque la palabra que vamos á decir se refiere á la historia del duque de Chartres.

La cabeza de la princesa de Lamballe, despues de haber sido paseada por el Temple fué llevada al Palacio Real.

El duque de Orleans estaba comiendo con madama de Buffon, con esta buena y escelente criatura, á quien perdonaba tan cristianamente la piadosa duquesa; pero se vió precisado á levantarse y salió á su balcon á saludar á los asesinos. Madama de Buffon, ignorante de lo que pasaba, salió con el duque; mas al contemplar trofeo tan horroroso, se echó hácia atrás, y se cubrió los ojos, esclamando:

—¡Dios mio! pronto tambien pasearán mi cabeza por las calles!